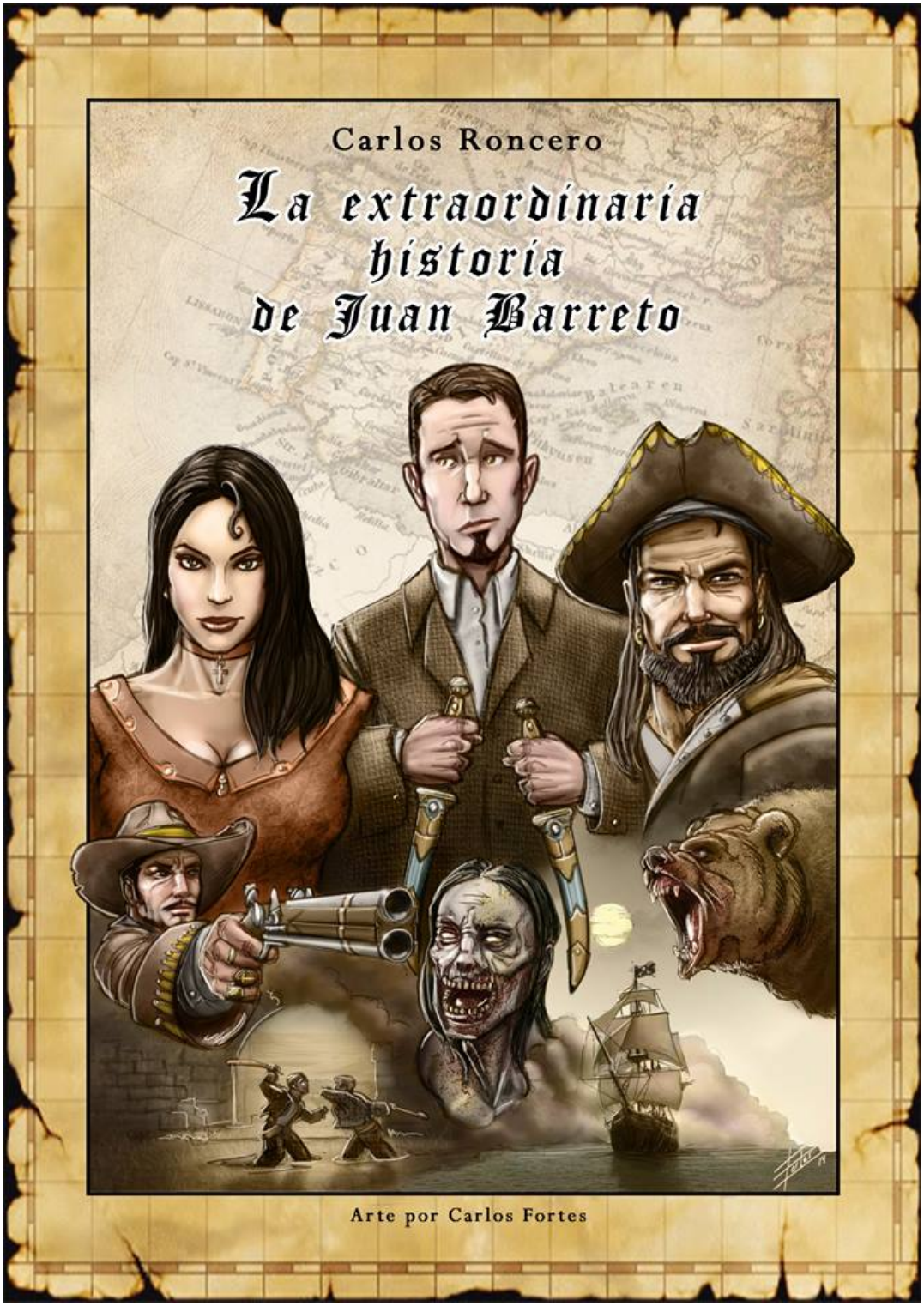
La extraordinaria historia de Juan Barreto 27 y 28

Carlos Roncero



Capítulo 1

Dedicaron toda la tarde a buscar a Rocío. Exhaustos por el hambre y el cansancio de tan agitado día, maestro y capitán hubieron de reconocer su derrota. Con el frío en el cuerpo y las ropas todavía húmedas, el capitán encendió un fuego con el que se abrigaron hasta que llegó la noche. Dos liebres cazadas por el militar hicieron los honores de la cena. Cardosa masticaba en silencio y claramente contrariado por el nulo éxito de la exploración. Sus ojos se debatían entre aceptar unos recursos para la supervivencia que en Rocío desconocía tan certeros o empezar a aceptar su fallecimiento. Reconocer esto último estaba aún lejos de su intención por lo que no le quedaba más remedio que admitir la inteligencia de su amante; y eso le escocía.

Por extraño que pudiera parecer, Juan Barreto se sentía bien en la intemperie. Veía en la figura de Cardosa una especie de protector infalible al que, no obstante, era aconsejable no soliviantar. A pesar de su amenaza de muerte y consciente de que no despertaba ninguna simpatía al capitán, había concluido por admirarle. A sus ojos, las destrezas del militar parecían inagotables. Curiosamente, Cardosa pensaba lo mismo de su compañero pero justo a la inversa.

- Decidme, Juan Barreto- empezó diciendo el capitán rompiendo el silencio de la cena campestre y buscando distraer con ello su pensamiento de la joven andaluza- ¿Vos cómo sois tan torpe?- el maestro dejó de masticar sorprendido por semejante cuestión-. Sí, no me miréis así, no había conocido un mostrenco como vos en toda mi vida. ¿Es algo natural en vos?, ¿lo tenéis de nacimiento o es algo que habéis ido adquiriendo tras muchos años de esfuerzo?

De no ser por las sombras que la hoguera proyectaba sobre sus rostros, Cardosa hubiera visto el sonrojo del maestro en toda su inmensidad.

- No sabéis usar la espada, no sabéis montar, ni cazar, ni encender un fuego. ¿En serio fuisteis vos quien salvó a Rocío de la vieja noctámbula? Y lo más importante, lo que me causa más curiosidad: ¿cómo habéis sobrevivido hasta hoy?

- Olvidáis que soy un maestro- dijo recomponiéndose al fin Juan Barreto.

- Habéis pasado demasiado tiempo entre libros, ¿y de qué os ha servido?-preguntó con la retórica de quien se sabe superior-, a la vista está que para nada.

Reflexionó unos segundos Juan Barreto sobre el ataque frontal que estaba recibiendo. No cuestionó si era injusto o no, eso fue lo más sorprendente, sino la veracidad de tal afirmación. ¿Habría pasado demasiado tiempo entre libros? ¿Estos le habían permitido aprovechar la vida o habían supuesto un obstáculo a largo plazo? Viendo la agilidad del capitán para salir con solvencia de cualquier aprieto, concluyó rápidamente que, efectivamente, quizás las cuatro paredes de su escuela le habían impedido desenvolverse mejor en los aspectos que realmente importaban de la existencia.

- Pero no os desaniméis, maestro- continuó el capitán con afecto-, mientras yo esté cerca no os pasará nada- y sonrió-. Ah, lo que daría por un buen trago de vino.

- ¿Y qué me decís de vos?- preguntó animado.

-Yo no os tengo que decir nada de mí- protestó Cardosa-. Además, seguro que anoche supisteis lo suficiente observándonos- Juan Barreto avergonzado bajó la cabeza-. Venga, venga, que os azoráis por nada. Preguntad.

El maestro levantó la vista animado por el consentimiento dado.

- ¿Cómo es que sois tan... ágil?

Cardosa arqueó las cejas extrañado.

- No lo soy tanto. ¿Lo creéis así?

- Oh, ya lo creo que sí, ni en todas las pelícu…-hubo de cortar esa palabra en seco-, quiero decir que ni en todos los libros que he leído he conocido un personaje como vos.

- Ja, entonces no habéis leído tanto como yo pensaba. No, Juan Barreto, si yo fuera tan diestro como vos os empeñáis en asverar habría encontrado ya a Rocío.

Tan fascinado estaba Juan Barreto por la figura del capitán que había olvidado por completo a la lozana andaluza.

- ¿Teméis que le haya sucedido algo?

Cardosa miró a los lados como si quisiera encontrarla entre las

sombras. Finalmente, suspiró contrariado.

- Rocío es una superviviente nata, ya habéis tenido ocasión de comprobarlo. Creo que ha conseguido salir de este bosque.

- ¿Sin el caballo?

- Sin el caballo- repitió pensativo.

Como no podía ser de otra manera en un bosque, la mañana fue saludada por un sinfín de pajarillos. Para Juan Barreto resultó un dulce despertar semejante música, no así para el capitán Cardosa, quien refunfuñaba mientras recogía sus cosas y ensillaba el caballo.

- ¿Qué sucede?- preguntó Juan Barreto con lógica confusión.

- He sido un necio, Juan Barreto. Tanto que alababais mis destrezas anoche y no he sido más que un principiante ignorante a manos de esa mocosa insolente, maldita la hora en que la conocí.

- ¿Pero qué ha sucedido?

- El caballo sin jinete no era más que una treta, un vulgar señuelo, y he picado, vaya si he picado, como un auténtico merluzo. Ella ha ido por el río, por eso no encontramos rastro alguno. Di por sentado que le habría asaltado uno de esos resucitados del infierno, el caballo se habría encabritado haciéndola caer. ¿Pero y si cayó al río? Vamos, ya hemos perdido bastante tiempo. He supuesto que no sabíais ensillar un caballo, así que ya he preparado el vuestro.

Ambos jinetes empezaron a avanzar uno a cada vera del río. El oficial había atado a su silla las riendas del caballo de Rocío.

- Aunque no creo que seáis capaz de advertir nada, estad atento a cualquier anomalía del terreno.

- Pero, capitán, este río es profundo, ayer tuvimos ocasión de comprobarlo. ¿De verdad pensáis que Rocío lo nadó hasta hallarse a salvo?

- Hay partes no tan profundas donde habrá podido caminar sin esfuerzo. Por eso os ruego que os fijéis.

A mediodía hicieron un alto, no por descanso, sino porque algo había llamado la atención del militar. Le indicó con su índice que no hiciera ruido y descendió. Tras unos pasos, se inclinó en la orilla.

- Aquí, ¿veis? Unos pasos y parecen ligeros. Por aquí salió. ¿Qué os había dicho?- añadió animado-. Vamos, desmontad. Caminaremos.

Juan Barreto obedeció y siguió los pasos del capitán temeroso de estropear alguna pista con sus pisadas. Observaba atentamente cada uno de sus gestos, incluso el del olfato.

- ¿No lo notáis? Huele a quemado.

- Supongo que ella también sabe hacer una hoguera- comentó Juan Barreto temiendo que el capitán se le adelantara con una chanza sobre el tema.

- No os subestiméis tanto, Juan Barreto, olvidáis que Rocío es hija de noble. Os aseguro que no ha hecho nada por sí misma en toda su vida.

- Pero se ha escapado varias veces de su padre.

- Bueno, digamos que para eso tiene otras habilidades- dijo sonriendo ante la forma que había encontrado para definir las destrezas de la joven-. Sigamos.

Al poco llegaron a un pequeño descampado en cuyo centro agonizaban las cenizas de lo que parecía haber sido un gran fuego. El capitán permaneció unos segundos rodeando los restos de la hoguera.

- Ha tenido suerte- dijo con una sonrisa-, esa maldita ha tenido suerte.

- ¿Qué queréis decir?

- ¿Es que no lo veis, por dios santo? Pisadas, decenas de pisadas. Juraría que hasta ha habido un baile aquí esta noche. Gitanos, seguramente. No muy lejos hay una población y los vendedores ambulantes y feriantes son numerosos. Me juego mi puesto a que los gitanos acogieron a nuestra presa.

- O quizás la hayan agredido- añadió Juan Barreto.

- Eso jamás- sentenció el capitán al borde de la ofensa-. Los gitanos siempre acogen a los desamparados y a Rocío no le habrá costado mucho hacerse pasar por uno.

Cabalgaron poniendo paso vivo rumbo al pueblo cercano. Ganaba confianza en sí mismo, y en el caballo, el maestro con el paso del tiempo, llegando incluso a abandonar el cuello del animal para depender únicamente de las riendas. En cuanto aparecieron las primeras casas,

Cardosa aminoró el ritmo.

- ¿Puedo haceros una pregunta?- se atrevió a solicitar Juan Barreto.

Cardosa lo miró con la sonrisa de la suspicacia.

- Adelante- dijo al fin-, aunque sospecho cuál es vuestra intriga.

- ¿Por qué no servís en el ejército?

- No erré en mi intuición- comentó satisfecho de sí mismo-. Es una larga historia, señor Barreto. Si os hacéis digno merecedor de ella, os la contaré; si no, os cortaré la lengua si volvéis a preguntarlo, podéis estar seguro.

Juan Barreto dedujo que aún no era merecedor del pasado de Cardosa, de modo que optó por continuar en silencio.

- Esperad aquí- le dijo cuando llegaron a un pequeño espacio abierto que hacía las veces de plaza.

Cardosa desmontó y se acercó a un grupo de hombres que veían pasar el tiempo sentados en un banco de madera. El aspecto famélico de aquellas personas golpeó severamente el ánimo del maestro, pues le recordó amargamente la situación de muchos de los jornaleros de su pueblo. Las mujeres que pasaban lo miraban con la avidez que genera el hambre. Los niños desnutridos no tenían motivos para sonreír. El maestro bajó la vista hasta que retornó el capitán.

- Estuvieron aquí los gitanos. Me hablan incluso de una joven hermosa que no parecía de esa familia.

- Acertasteis- le señaló con admiración.

- Yo no acierto, Juan Barreto. Yo aseguro- Cardosa montó el caballo con gesto de pocos amigos-. Los gitanos al comprobar que aquí poco podían vender, siguieron camino.

- ¿Os dijeron hacia dónde?

- Hacia Toledo- contestó agrio.

La mera mención de esa ciudad impresionó al joven maestro. Toledo.

- ¿Iremos ahí?

- Por supuesto- contestó empezando a avanzar.

- Pero no parecéis muy contento con la idea.

- Habláis demasiado, Juan Barreto. Mala cualidad para acompañar a un militar.

Cardosa ordenó galopar a su caballo. Cuando el maestro quiso darse cuenta, ya había desaparecido de su vista. Un silbido prolongado de origen lejano precipitó a su caballo haciéndole correr veloz tras su amo.

28

La intención de Cardosa de alcanzar a la familia gitana antes de que llegaran a Toledo se saldó en fracaso. Una tormenta eléctrica, de esas que nos brindan las tardes de verano, espantó al caballo que montara Rocío y que llevaba el maestro, obligando a emplear al militar un tiempo que no tenía en su búsqueda. Había, pues, que añadir a sus planes frustrados la pérdida de uno de los tres equinos. Sintiéndose responsable del desastre, Juan Barreto había optado por no abrir la boca en lo que restara de camino, sabia decisión, teniendo en cuenta el rostro impenetrable del oficial. Forzada una noche más de lo previsto al raso, llegaron a su objetivo al despuntar la segunda mañana de la persecución.

Cuando la ciudad de Toledo apareció ante los ojos de Juan Barreto, creyó estar inmerso en un cuento de hadas, tal era el hechizo que la urbe había provocado siempre en su ánimo. En su época de estudiante gustaba de visitarla cada vez que surgía la ocasión. Le fascinaban sus calles estrechas y laberínticas enrocadas sobre sí mismas, las plazas escondidas, su sabor a historia, la piedra viva, las tabernas tertulianas, sus bocadillos de pimiento, el reguero artesano disperso por doquier, su cálida repostería, y su imponente catedral, la forja de sus espadas. Quedaba pasmado y con la boca abierta ante tan majestuoso edifico encajonado en la ciudad con pericia de cirujano. Él nunca había sido especialmente religioso. La visión del párroco de su pueblo compartiendo con frecuencia la mesa del terrateniente le había ido alejando de la justicia divina, pasando a ser una especie de creyente desencantado por tales incoherencias. Sin embargo, debía proclamar sin complejos que la visión del templo toledano despertaba invariablemente en él un estremecimiento profundo que siempre había atribuido a su fe perdida abriéndose paso en su alma. Ahora, encarando ya la loma sobre la que se había enraizado la ciudad, temblaba ante la oportunidad de ver de

nuevo el magnífico templo.

A medida que remontaban la ciudad, observaba Juan Barreto que Cardosa no solo mantenía su hermetismo sino que su rostro se iba arrugando como una pasa en una clara mueca de desprecio y odio. De hecho, se percató de que algunos toledanos le miraban como si le reconocieran, coincidiendo todos ellos en ocultarse en sus casas tras su paso.

Llegando a la plaza del Zocodover un algarabío creciente les llamó la atención. En efecto, justo en el centro de la plaza una mujer de raza gitana no paraba de porfiar algo sobre una injusticia. Intuyendo que en aquella mujer podía hallar una pista, Cardosa se acercó a ella.

En un castellano casi ininteligible pedía la mujer con desesperación que alguien le ayudara. El gentío reunido la miraba con cierto interés, pero sin ningún ánimo de auxiliarla, como si sus quejas fueran en sí un espectáculo que les entretuviera la mañana. Cardosa desmontó indicándole al maestro con un gesto que le aguardara.

- Cálmate, buena, mujer, que parece que se te haya llevado el demonio- le pidió el capitán al tenerla delante.

- El demonio no, la guardia, la guardia, que no sé que es peor- le dijo a una velocidad casi inaudible.

- Cuéntame lo que te ha pasado y veré si puedo ayudarte.

La gitana al oír que Cardosa mencionaba un posible socorro, se arrojó a sus pies agradeciéndoselo.

- Pero que aun no sé si puedo hacer algo por ti- le espetó el militar- Anda, levanta y cuéntamelo.

Después de continuar agradeciéndoselo unas veinte veces, alcanzó a contar la gitana que había llegado con su familia a la ciudad la noche anterior.

- ¿Acaso venía con vosotros una paya?

La mujer tornó su mirada en desconfianza, como si hubiera descubierto en los ojos del militar un brujo escondido.

- ¿Cómo lo sabéis?

- De modo que venía con vosotros una paya.

- Apartaos de mí, ¿quién sois?- y retrocedió unos pasos.

- Alguien que puede ayudarte, maldita sea- le dijo cogiéndola por el brazo para que no huyera-. Dime qué demonios te ha ocurrido para que vayas asustando a los niños con tus gritos de gata encelada-. Le espetó remarcando ahora su impaciencia.

Tras respirar profundamente, y echarse a la espalda su larga cabellera gris, la mujer relató cómo, nada más llegar por la mañana a esa misma plaza, habían decidido montar un pequeño espectáculo de baile. La paya a la que habían acogido en el bosque se había prestado de buen ánimo a protagonizar la danza.

- Teníais que haberla visto bailar- comentó la mujer con admiración interrumpiendo un instante su relato.

- Me lo puedo imaginar- contestó Cardosa con un sarcasmo que, como es obvio, la gitana no pudo detectar-. Continua.

Atraída por el sensual movimiento de la bella muchacha, una marabunta no había tardado en rodearles, haciendo pensar a la familia que con ella se harían de oro en la plaza.

- Pero algo ocurrió, ¿no es así?

- Lo mismo que un cuervo grande y negro llegó un joven acompañado de la guardia. Luego supe que era el hijo del gobernador.

- El gobernador- lamentó el militar cerrando los ojos.

La llegada del joven animó a Rocío a marcar aún más el movimiento turbador de su cuerpo. Disfrutaba viendo cómo se encendían los ojos del nuevo admirador. Sin embargo, este, quizás acostumbrado a arrebatarlo todo a su antojo, la agarró por la cintura interrumpiendo su feliz baile. En vista de que no la soltaba, la joven le escupió desafiante en la cara. De inmediato, y ante las risas de la concurrencia, ordenó a la guardia que le acompañaba que la apresaran a ella y a la familia gitana.

- Yo pude escabullirme entre la muchedumbre y desde entonces no he parado de suplicar ayuda. ¿Me ayudaréis? Vos parecéis un buen payo.

- No te guíes por las apariencias- le dijo desviando la vista-. Veré lo que puedo hacer.

La gitana se arrojó de nuevo a sus pies para besárselos. Luego de mucho batallar, el capitán pudo quitársela de encima y llegar junto a Juan

Barreto.

- ¿Y qué le puede ocurrir?- preguntó inquieto el maestro una vez que Cardosa le narró lo sucedido.

- Ha caído en las peores manos posibles. El gobernador no es muy razonable, que digamos.

- ¿Le conocéis?

- Por desgracia, sí.

- Entonces lo tenemos más fácil.

- No lo creáis así. Será todo menos fácil.

De camino al palacio del gobernador, Juan Barreto no podía menos que asombrarse del bullicio de las calles. Todos los estamentos sociales se mezclaban en un sinfín de puestos ambulantes, tabernas y tiendas. Aunque era perfectamente consciente de que su pensamiento debía formularlo al revés, le fue del todo imposible evitar pensar que la ciudad no había cambiado en lo más mínimo desde la última vez que la había visitado. Sonrió. Aquello era como si la ciudad lo hubiera visitado a él y no al contrario. Se sentía como un observador privilegiado contemplando a una galaxia tan inocente como distraída.

- ¿Hay motivos acaso para sonreír?- le preguntó seco el capitán sacando la cabeza de su encierro emocional.

- Esta ciudad siempre me ha gustado.

- No sabía que la conocierais.

- De mi época de estudiante.

- Entonces no os será ajena la fama de intolerable que se gasta el gobernador.

- Algo oí, sí- confirmó el maestro sin querer contrariar a su acompañante.

El palacio del gobernador se levantaba esplendoroso frente a la catedral. Junto a la entrada dejaron a los caballos.

- ¿Os espero aquí?-preguntó Juan Barreto escondiendo sus ansias de entrar en la catedral.

- No, vos venís conmigo.

Un lacayo elegantemente uniformado y de porte escuchimizado fue el primer obstáculo que tuvieron que sortear.

- Avisa al secretario de su excelencia que el capitán Cardosa ha venido y quiere verle- El criado observó de arriba a abajo el aspecto sucio y desaliñado del militar-. Insolente- le gritó - ¿Cómo osas insultarme con esa mirada? Ve rápido antes de que te ensarte como a un pollo- le amenazó llevándose la mano a la espada. Cardosa se percató del impacto que aquella reacción había provocado en el maestro-. Tenéis que haceros respetar, Juan Barreto. Este mundo al que no hemos pedido nacer nos obliga a ello.

Con cada gesto y palabra que le dedicaba Cardosa, Juan Barreto se veía más como un alumno que como un maestro. Quiso agradecerle el comentario con una sonrisa, pero la llegada del secretario se lo impidió.

- Si no supiera que estos son mis ojos los acusaría de embusteros- señaló emocionado el secretario- ¡Cardosa!- ambos se dieron un prolongado abrazo que hizo suponer a Juan Barreto que la liberación de Rocío sería más rápida de lo temido-. Pero si habías jurado no volver a pisar esta ciudad.

- Ah, Alejandro, no hay juramento que valga contra el destino. Te presento: este es mi ayudante, Juan Barreto.

El secretario sonrió cortés. Su elegancia iba pareja a su físico, siendo el rostro afilado y su sonrisa sincera, aunque lo que más llamó la atención al maestro fue su largo cabello negro caído sobre los hombros, figurándose en él la viva imagen de Descartes en sus años mozos.

- Extraño nombre, pero os declaro amigo mío igualmente, Juan Barreto, puesto que lo sois de este gran hombre. Venid, subamos. Y dime, cuéntame qué es eso tan importante que te ha hecho romper tu juramento- le pidió al capitán mientras subían las escaleras. Juan Barreto miraba encandilado el lujo de aquella vivienda.

- Una mujer llamado Rocío.

- Ah- exclamó alegre acusándole con su índice.

- No, me temo que no es lo que tú piensas- se apresuró a aclarar-, a esta la detuvieron por escupir al hijo del gobernador.

Alejandro se detuvo.

- ¿La que bailaba con los gitanos?- preguntó llevándose la mano a la boca.

- Sí, es preciso que pueda hablar con su excelencia.

- Pues en verdad que es una cuestión espinosa, mi viejo amigo.

-En nombre de nuestra amistad, te pido una audiencia con él.

- No, no me has entendido. En eso no tendré mayor contratiempo pues don Arturo confía en mí. El problema es su hijo, Arturito. No sabes los apuros por los que me hace pasar él y el vicio que padece por las mujeres.

- Ese vicio es el responsable de que la mujer que busco esté ahora en prisión.

- Sí, junto con toda la familia gitana.

- ¿Qué les pasará?- se atrevió a interrumpir Juan Barreto.

Los tres encaraban ya el ancho pasillo que conducía al despacho del secretario.

- Pinta mal, la verdad, el dichoso Arturito es muy orgulloso, como no podía ser de otra manera-, comentó en un murmullo cansado el secretario- y su padre le ha consentido siempre todo. He hecho lo posible porque estas irregularidades lleguen al rey, ya sabes que es el único que puede amonestarles, pero hasta ahora no he tenido éxito, he de confesarlo con gran pesar- les abrió las puertas de sus dependencias-. Ahora espera aquí, buen amigo. Veré lo que puedo hacer.

Cardosa permaneció mirando fijamente a Juan Barreto.

-No digáis ni una palabra. Permaneced junto a mí cuando estemos en presencia del gobernador y no abráis la boca ni para respirar- dijo y se señaló la nariz-. Respirad por la nariz.